Juventudes en espiral

Entre el trabajo y el vivir

Ministerio de Educación
Gobierno de Chile

NÚCLEO DE INVESTIGACIÓN
ACCIÓN EN JUVENTUDES

Juventudes en espiral.
Entre el trabajo y el vivir.
Editado en Santiago, Julio de 2024.

Se permite y alienta la reproducción y difusión de este contenido con fines pedagógicos no comerciales, citando la autoría y edición.

ISBN: 978-956-19-1322-6

Edición
Natalia Hernández, Leonardo Alarcón, Marlene Vera, Rodolfo Mena (Santiago Andrea)

Equipo investigador
Leonardo Alarcón, Natalia Bravo, Paulina Castillo, Yuliet Cruz, Catalina Guerra, Natalia Hernández, José Manzano, Sofía Monsalves, Marcia Ravelo, Marlene Vera.

Equipo MINEDUC
Cristian Lincovil, Mariana Herrera, Andrés Lazcano.

Coordinador de Proyecto
Klaudio Duarte Quapper

Diseño y diagramación
Rodolfo Mena (Santiago Andrea)

Ilustración portada
Nic Valdivia *@idyllic.mind*

Ilustraciones interiores
Esperanza Fuentes, "Espe" *@espe.fuentes*
Mauricio Salinas Salinas, "SODOMASS" *@sodomass.art*
Rafaela Freire Yovane *@rafaelanomeolvides*
Nic Valdivia *@idyllic.mind*
Ana Ochoa, "Análoga" *@4zulelectrico*

Para la correcta visualización de este archivo en móviles recomendamos utilizar el visor de archivos PDF de Google Drive.

Contenidos

5 *Presentación*

12 *La importancia de sentirse abrazada*

32 *Un largo viaje hasta acá*

48 *Los sueños de un Charro*

65 *Futuros posibles*

90 *A veces, el lugar en el que naces*

106 *En el campo, como mi abuelo*

119 *¿Qué quieres ser cuando grande?*

134 *Epílogo*

Presentación

Este libro contiene relatos de las vidas de jóvenes que egresaron de la Educación Media Técnico Profesional, quienes se encontraban en sus primeras experiencias laborales en la especialidad que cursaron o en áreas afines.

Realizamos conversaciones a través de acompañamientos a sus espacios de trabajo para conocer a sus colegas, sus actividades y sus tareas, mientras dialogábamos acerca de sus aspiraciones y proyecciones para el futuro. También les acompañamos en

sus recorridos diarios desde el hogar hacia el trabajo, buscando acercarnos en piel propia a las experiencias que viven en el trán-sito entre sus vidas personales y laborales. Además compartimos otras cuestiones cotidianas que nos permitieron conectar de una manera más íntima con sus expe-riencias: fotos de su época esco-lar, la música que escuchaban en sus trayectos, tomar desayuno antes de entrar a trabajar o acom-pañarles caminando luego de las entrevistas.

Cada una de las historias de este libro se basa en experiencias de vidas de jóvenes que enfrentan sus primeros años en el mundo laboral. Para presentarlas hicimos

ficción a través de contar historias y así permitir flexibilidad literaria y creativa. Este trabajo estuvo enmarcado en otro más grande que nos permitió conversar con estudiantes de Enseñanza Media Técnica Profesional de todo el país. Todas estas miradas y relatos escuchados fueron considerados también al construir las siete historias de este libro, por lo que es posible encontrar en ellas un poco de muchas otras historias compartidas.

Entendemos que las trayectorias de vida no son lineales, sino que vamos y volvemos en la búsqueda y construcción de nuestros caminos. Recorremos un espiral, donde cada vuelta nos lleva

a diferentes dimensiones: familiares, académicas, económicas, y personales. Este espiral representa nuestras idas y vueltas, nuestros logros y fracasos, permitiéndonos integrar experiencias diversas y enriquecer nuestro crecimiento. Cada giro nos ofrece una nueva perspectiva, un nuevo aprendizaje.

Las historias aquí presentadas fueron editadas para cuidar la identidad de las personas jóvenes que participaron. Pero sí podemos compartir lo felices que estamos de contar con jóvenes de Arica, Pozo Almonte, Antofagasta, Quintero, San Antonio, Santiago, Pirque, Rancagua, Curarrehue, Valdivia y Chiloé. Así conocimos

jóvenes de diversos territorios y distintas especialidades: Gastronomía, Atención de Párvulos, Administración, Contabilidad, Mecánica Industrial, Agropecuaria, Electricidad y Dibujo Técnico.

Imaginamos este libro digital como una herramienta para para promover el diálogo en comunidades educativas, familias y lugares de trabajo, respecto de las aspiraciones educativas, laborales y de vida de las personas jóvenes. También para provocar y facilitar encuentros genuinos respecto a aquello que les apasiona, las decisiones que deben tomar, los sentimientos que viven respecto a los procesos en que se encuentran y también visibilizar cómo expe-

rimentan las personas jóvenes el egreso de la Educación Media Técnica Profesional en el Chile actual.

Agradecemos profundamente a quienes se sumaron y compro-metieron con este proceso, por compartir un poco de ustedes, sus sueños, familias y trabajos. Sin su motivación y participación, nada de esto sería posible.

Finalmente les contamos que este libro es resultado del estudio participativo sobre aspiraciones de estudiantes de la Educación Media Técnico Profesional en Chile, desarrollado en el año 2023 y liderado por el Ministerio de Educación, a través de su Secreta-ría Ejecutiva de Educación Media

Técnico Profesional, en colaboración con la Universidad de Chile por medio del Núcleo de Investigación y Acción en Juventudes del Departamento de Sociología.

La importancia de sentirse abrazada

Ilustrado por
SODOMASS

Patricia está en uno de sus lugares preferidos de la ciudad. Le gusta sentarse en la playa, disfrutar del sol, de la arena en sus pies, y mirar el mar. Con el movimiento de las olas a lo lejos va dejando que sus pensamientos fluyan libremente.

Recorre los eventos de estos últimos años, y se deja inundar por las emociones. Por ahí, desde su interior va brotando una profunda tristeza que deja salir como lágrimas tranquilas que caen por su rostro. Le pasaba que,

al recordar su infancia, la inva-
día la nostalgia y, algunas veces,
la rabia. Las olas golpeaban con
fuerza a lo lejos y con el sonido de
ese romper, un cálido recuerdo
la abrigaba de esos días lejanos:
su pareja, con quien hoy vive
y a quien considera su familia.
Se emociona al recordar que se
siente enamorada, acompañada y
abrazada por una segunda fami-
lia.

Patricia vive en Arica y mirar el
mar es lo que más le gusta hacer,
su momento preferido. Podría
pasar horas contemplando la
inmensidad de ese manto azul.
Pero no, hoy tiene responsabi-
lidades que cumplir y, llevando
la mirada al reloj de su muñeca,
se prepara para partir. Las 14:03,

se levanta con pereza, sacude su ropa, se estira un poco y se pone la mochila al hombro. “Los zapatos me los pongo en la avenida”, pensó queriendo disfrutar de sus pies hundiéndose en la arena mientras caminaba hacia la calle.

Ya en la avenida puso rumbo hacia el centro de la ciudad. Hoy es jueves y tiene turno. Mientras se aleja de la playa, y todavía atada a sus recuerdos, piensa en lo mucho que ha debido crecer y madurar en este último tiempo, eso que la gente llama “ser grande”. Piensa que el hoy es el resultado de las decisiones que ha tomado y también en la importancia de sentirse abrazada cuando todo se desmoronaba a su alrededor.

Se había ido de su casa muy joven, cuando estaba en tercero medio. La relación con su madre nunca había sido buena, Patri-cia se sentía constantemente sola, pero las cosas habían empeorado

cuando un día se enteró de que el nuevo novio de la mamá vivía con ellas. No lo aguantaba, la convivencia había empeorado y las discusiones, gritos y malas caras eran cosa de todos los días. Hasta que un día las cosas en su casa explotaron. Ya no podía seguir viviendo bajo ese nivel de tensión, así que decidió salir de ahí y buscar una mejor opción ella sola. Tomó su mochila y salió a caminar sin rumbo, contrariada e intentando ordenar las ideas y emociones que brotaban descontroladas en su interior. Quizás por la costumbre, quizás por las ganas inconscientes de compañía, sus pasos la llevaron hasta la casa de Aldo, su pareja. En ese momento de su vida, de mucha confusión y

temor, él y su familia la escucha-
ron, comprendieron y apoyaron.
Ese día lloró por un largo rato
pero, a diferencia de lo que ella
había pensado, no estaba sola,
estaba abrazada.

No podía creer que por fin había
decidido irse de su casa y el apoyo
que había tenido casi de inme-
diato de la familia de Aldo. Esa
había sido la tabla a la que había
podido aferrarse en su naufragio,
pero bien sabía que no era una
solución permanente y que ahora
para ella las cosas iban a ser en
serio, debía pensar muy bien para
lograr cumplir sus metas en el
menor tiempo posible. No podía
quedarse por mucho en esa casa,
a pesar de la amabilidad de ellos.
Patricia soñaba con tener un

espacio propio, una carrera y, con eso en mente, tomó su segunda gran decisión: cambiarse de colegio.

Varias vueltas le dio al asunto. Un colegio técnico era su mejor opción, le permitiría entrar a trabajar en pocos años y contar con una certificación para ello, eso le ayudaría a obtener un mejor ingreso. Predominaban las ganas de querer ser autosuficiente en lo económico, de elegir algo que le gustara, pero que también le permitiera construir su libertad. ¿Qué le gustaba hacer? Pensó varias cosas: a veces hacía uñas, quizás algo relacionado con el mar, definitivamente no con matemáticas... y de pronto lo encontró. Sabía cocinar desde

pequeña y, cuando lo hacía, siempre recibía felicitaciones de los comensales. Quizás podría trabajar en un restaurante y, quien sabe, en el futuro tener uno. Gastronomía fue así su tercera gran decisión.

Seguía caminando rápidamente por la avenida para llegar a su turno, pensando en que ya se encontraba en la última etapa: su práctica profesional. El liceo se acabaría y ahora daría un paso más hacia la independencia que tanto deseaba. La práctica profesional había sido la primera vez que trabajaba, la primera vez que tenía colegas, responsabilidades, un jefe, clientes. Para ella había sido una forma de encontrarse poco a poco con lo que vendría,

mientras subía el último peldaño de una etapa que, había pensado, sería peor.

Al llegar, vio a Juan barriendo la vereda. Es el administrador del local, alto, moreno, de pelo negro, de rostro y trato amable con clientes y trabajadores. La imagen de Juan delante del restaurante le sacó una sonrisa. Él y sus compañeros habían sido muy importantes para ella. No sabe bien por qué, pero se ha sentido bien en ese lugar, el ambiente, las risas, los roces propios de la cocina... Distraída en este mar de ideas saludó a Juan con un abrazo y pasó rauda al baño a cambiarse de ropa.

Hoy se siente particularmente melancólica. Recordó cuando llegó al restaurante. No fue su primera elección, deseaba aprender a cocinar diversas comidas, quizás cocina internacional, quizás banquetes o cocina especializada, así es cuando le dijeron que era “un restaurante de pollo fritos” suspiró y se resignó. Algún trabajo tenía que encontrar.

Las cosas han cambiado en este tiempo. Cuando llegó le encantó el olor a pollo frito, hoy no lo soporta. Cuando llegó sentía nervios y ansiedad por conocer a sus compañeros, hoy pasan buenos días trabajando juntos y huyendo del olor. Se sonríe mientras se pone su delantal y confía. Saliendo del baño saludó a Mauri-

cio, el cocinero. —¿Hola chinita, todo bien?— le preguntó mientras subía unas bandejas con pollo. Mauro era un hombre grande, musculoso, de piel muy blanca, y siempre quedaba rojo al estar cerca del fuego o hacer fuerza con las bandejas.

—Hola Mauro, todo bien— dijo sonriendo.

—Chinita, hay que reponer las ensaladas y hacer jugo de piña para la mesa 6. Después vaya a la cocina que hay unos platos para lavar— le dijo mientras lavaba sus manos.

—Ok. Voy de inmediato— dijo Patricia, dispuesta a empezar un nuevo turno.

Avanzó hacia el sector de las ensaladas, las preparaban en fuentes grandes, y su trabajo era ponerlas en platos pequeños y aliñarlas. Dejó cinco platos listos, y se dirigió a la juguera. Puso piña, agua y un poco de azúcar. Le encantaba que vendieran jugos naturales, le gustaban los colores, los olores y las texturas de las frutas, era la parte que más le gustaba. Dejó un frasco listo y se lo entregó a Jorge, el mesero.

—Hola chica, no te había visto— dijo Jorge

—Hola, llegué recién y me puse con las ensaladas de una—

—¡¡Qué veloz!! Gracias por el jugo, nos vemos al rato— Jorge le sonrió.

Patricia se quedó viéndolo. Era joven, muy delgado, lleno de energía. Hacía de todo en el restaurante: mesero, aseo, ayudante de cocina, cajero, literalmente de todo. Siempre con buena disposición y sonrisa, Jorge era todo un personaje y a ella le animaba trabajar con él, se habían hecho muy buenos amigos.

Camino a la zona de limpieza se encontró de frente con su reflejo en una ventana. Le pareció no reconocerse del todo y se detuvo para mirar con atención. Observaba la imagen de una chica que no aparentaba su edad, incluso le dio la impresión de estar mirando a una niña. Movió la cabeza y avanzó. “Soy una mujer”, pensó.

Mientras lavaba los platos pensó que este lugar era perfecto para lo que ella necesitaba. Le ayudaban en todo, le explicaban las tareas, le enseñaban y compartían datos del negocio, y escuchan sus (pocas) opiniones. Patricia era tímida, hablaba bajito, tratando de pasar inadvertida, pero aquí había aprendido poco a poco a decir lo que pensaba. Trabajaba dos días a la semana de 15:00 a 21:00 y, a diferencia de sus compañeros de liceo, le pagaban $5.000 por día, lo que era bastante más de lo que ellos recibían.

El agua, en las olas del mar o saliendo del grifo, siempre estimulaba sus pensamientos. Patricia tenía un objetivo claro, por

lo que mientras lavaba platos, repasaba en su mente sus planes de independencia. Hoy gana $10.000 a la semana, y con ello puede cubrir sus necesidades personales mínimas. Piensa que acertó al haber elegido la educación técnica. Pronto tendrá un título, ya está acumulando experiencia en un restaurante y espera encontrar un trabajo que le permita independizarse, arrendar una pieza, tener sus cosas, e incluso ahorrar para estudiar en la universidad.

Apareció Jorge y la sacó de sus pensamientos —¿Oiga chica, hoy te vienen a buscar?— preguntó.

—Sí, viene mi pololo a la hora de cierre.

—¡Ahhh! Qué bueno. No está nada seguro el centro en las noches, hay que andar con cuidado. Bueno, si él no puede, me avisas y te acompaño hasta el cierre— le dijo Jorge.

—¡Muchas gracias! —respondió realmente agradecida de contar con buenos compañeros—. Sí, trato de no caminar sola de noche, me da miedo, la verdad. Pero no te preocupes hoy vienen por mí.

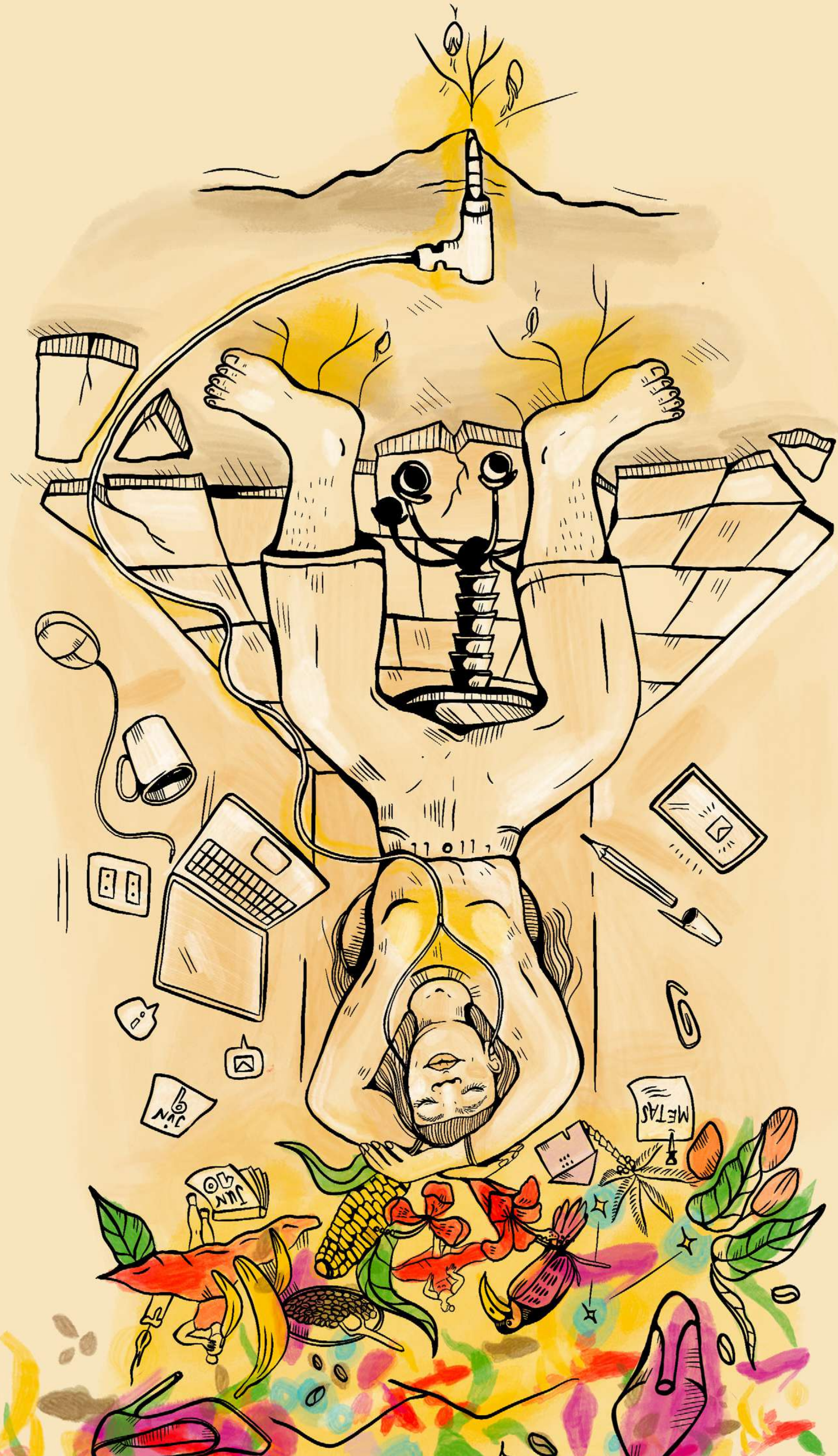
—¡Súper! Yo necesito un jugo de mango por favor, que en la mesa 12 me van a dejar sin propina— le dijo Jorge con un tono suplicante y divertido.

—¡Altiro!

Con una bandeja al hombro, Jorge se dirigió al comedor, llevando las ensaladas y el jugo de piña que había preparado Patricia hace unos momentos. Ella lo miraba divertida "¡se mueve con tanta energía!", pensó. Sacó dos mangos del refrigerador, tomó la juguera y mientras se mezclaba la fruta, el agua y el azúcar, se repite para adentro "ya viene el cartón y podré independizarme, quiero mi pieza, ojalá me contrataran y quedarme aquí".

Un largo viaje hasta acá

Ilustrado por
Espe


JUN 90
JUN 90
METAS

Se escuchaban los vientos y metales de una alegre y contagiosa salsa. Victoria se dio cuenta de que estaban llegando sus compañeras de oficina y decidió bajar el volumen a su computador. Escuchar música siempre la conecta con sus raíces y le recordaba su hogar.

Está haciendo la práctica profesional en el área de administración de una empresa de Pozo Almonte, por allá en el norte. Es una empresa grande, que ocupaba dos cuadras enteras.

Se encontraba todo cerrado con un gran latón. Al interior había dos container que alojaban las oficinas administrativas. En uno de ellos, en un espacio compartido, trabaja ella y dos compañeras más. Victoria se quedó un momento contemplando el espacio y sonrió “qué increíble que yo esté aquí ahora”, pensó.

Se abrió la puerta y entró Nancy, encargada de Recursos Humanos.

—Hola mi niña, ¿todo bien?— le preguntó.

—Hola señora Nancy. Sí, todo bien por acá.

—¡Excelente! Traje unas galletitas para que preparemos café rico. Hoy debemos dejar listas las carpetas, así que necesitamos

mucho ánimo— le dijo Nancy con una sonrisa dibujada en el rostro.

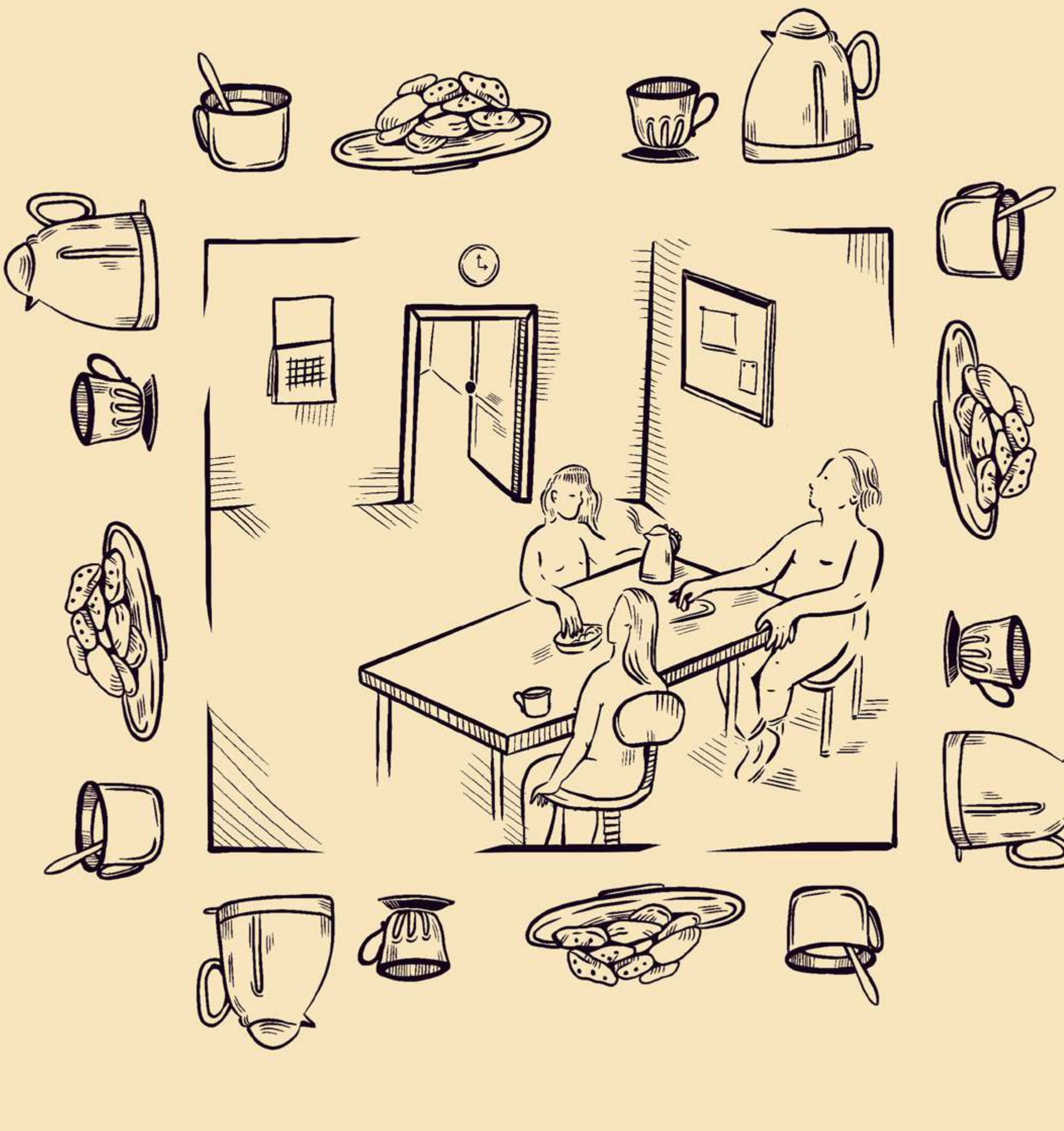
—Si usted lo dice— le respondió Victoria mientras reía.

Se dirigió al lugar de la cocina y puso a hervir agua para el café. Sabía que se venía una jornada de mucho trabajo, pero también estaba agradecida de realizarlo en un ambiente agradable, donde se sentía valorada y acompañada. Completamente distinto a sus prácticas anteriores, donde los ambientes no eran para nada acogedores, había roces, discusiones y siempre malos tratos para quienes eran practicantes. En esa época no le daban ganas de ir a trabajar, las horas pasaban lentas durante el día y en ocasiones se

llevaba el mal humor de regreso a su casa. Acá era distinto.

—Vicky tráete el agua, porfa, yo puse los tazones y las galletitas. Todo listo— dijo Nancy.

—¡En camino!— respondió.



Estaban en eso cuando entró Ivonne, una mujer joven, delgada y de gran sonrisa, la tercera integrante de la oficina.

—Hola, llegué a tiempo, cafecitooooo— dijo emocionada. —Y yo traigo un pancito amasado— dijo mientras reía y se sentaba en la mesa junto a Vicky y Nancy.

—¡¡¡Ay que rico!!! Victoria, ¿cómo se dice *pancito* allá en Venezuela?— le preguntó Nancy, intentando armar un poco de conversación matutina.

—Ahhh usted se refiere a las arepas, jajaja, se podría decir que es pancito— respondió mientras daba el primer sorbo de café.

—¿Y extrañas mucho?— preguntó Ivonne

—¡Ay! A veces extraño mucho, el clima, la comida... pero eso más que nada.

—¿No tienes familia allá?— le preguntó Ivonne

—Mi abuela murió hace unos años. Era la única que quedaba allá, mis amigos y familia han emigrado, como yo.

—¿Te gustaría volver?— dijo Nancy mientras observaba los ojos de Victoria que tenía la mirada perdida quizás imaginando las calles, plazas y personas que había dejado atrás.

Victoria suspiró, y contestó con mucha tranquilidad. —A veces extraño el movimiento de la ciudad, la vegetación, los colores... Me gustaría regresar, pero

no tiene sentido pensarlo. En mi país no hay trabajo, y todo es muy peligroso e inseguro. No, no tiene sentido— dijo convencida mientras bebía otro sorbo de café.

—La primera en salir fue mi mamá, yo que era una adolescente me quedé con mi abuela. Mi madre estuvo en Colombia y luego en Perú donde logró establecerse con más estabilidad. Yo me reuní con ella ahí. Me costó mucho dejar a mi abuelita, algo en mí me decía que no la volvería a abrazar— dejó salir un suspiro y tomó una galleta. Sonrió, y las dos mujeres le devolvieron una sonrisa.

—Cuando estábamos en Perú empecé a estudiar en un liceo,

tomé la especialización de administración. Estudié dos años, me emocionaba poder tener un título para ayudar en casa. Después de todo soy hija única y mi familia es mi mamá, nos debíamos cuidar y ayudar la una a la otra. Las cosas allá empezaron a ponerse difíciles, mi mamá se quedó sin trabajo, y nos dijeron que en Chile había más oportunidades, así que nos vinimos.

—Ay Victoria, han recorrido mucho. No quería ponerte triste— le dijo Ivonne mientras puso su mano sobre la de Victoria.

—No chama, no te preocupes. Creo que nunca había contado todo este largo viaje hasta acá— acarició la mano de Ivonne y continuó. —Así es que decidi-

mos venir a Chile, y armamos la ruta. Viajamos desde Oruro allá en Bolivia e ingresamos por Colchane. No veníamos solas, éramos un grupo de mujeres, una amiga de mi madre que estaba embarazada, dos niñas, y una amiga mía. Nos equivocamos, confiamos en lo que llaman 'coyotes', que nos cobraron por seguridad y guía en el camino. Pero nos dejaron en la frontera y nos advirtieron "si viene la policía, están solas, deben correr y ya"... y así fue. Fue terrible, no sabía cómo íbamos a pasar... Corrimos, estábamos muy asustadas, pasamos frío y hambre, pasamos momentos de mucho miedo y tensión. Así, como si fuese una película de acción y escape, llegamos a Chile

como pudimos. Casi de inmediato nos autodenunciamos para comenzar a buscar vías formales de quedarnos acá.

Nancy conmovida le dijo —Qué cosas tan terribles han pasado mi niña, todo ha sido muy duro para ti desde muy joven, no nos lo imaginábamos—

Las tres aprovecharon ese silencio para beber un poco más de café y desenredar este nudo que se estaba armando en su garganta.

—¿Una vez que llegaste pudiste seguir estudiando inmediatamente?— preguntó Ivonne.

Suspiró, aclaró su garganta y continuó:

—Llegamos a Pozo Almonte, pues el esposo de la amiga de mi mamá vivía allí y nos acogió al principio. Mi mamá consiguió un trabajo y, de a poco, armamos nuestra nueva vida acá. Por mi situación irregular, no pude estudiar durante un tiempo. Cuando entré al Liceo me asignaron a la especialización de párvulos. Estaba tan frustrada y triste, ni siquiera me preguntaron si quería otra cosa o si ya tenía otra preparación. Sentí que los dos años que estudié antes no habían servido de nada... que había perdido el tiempo... que yo era como alguien que no existía, sin pasado. Mientras realizaba la práctica con niños, me di cuenta de que definitivamente no era lo mío. De

verdad no me gustaba. Entonces cogí fuerzas y fui a hablar con el director del Liceo. Me escucharon y me hablaron de la posibilidad de cambiar de especialización ¡No lo podía creer! podía seguir en lo que me gustaba, el área de la Administración.

Se produjo un silencio entre las tres mujeres. Es Ivonne que rompe el silencio.

—Qué rabia que no te hayan preguntado desde el principio, pero me alegra que te atrevieras a hablar, eso fue parte de tu viaje también.

Victoria suspiró, y le sonrió a Ivonne —Sí, hoy miro para atrás y no me arrepiento de estar aquí. Después de todo, estoy estudiando lo que me gusta, hago

la práctica en un lugar maravilloso, y aprendo todos los días. Mi mamá está tranquila, tiene una pareja amorosa, y bueno, hemos construido un hogar. Claro que nos tocó vivir momentos muy difíciles. Migrar, en todo caso, no es nunca fácil.

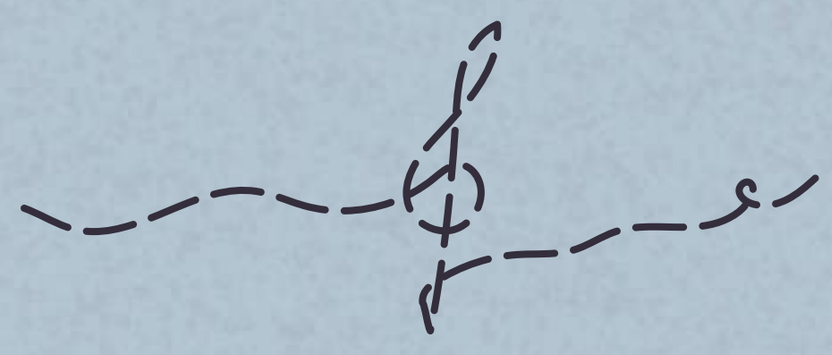
—Victoria que fuerte eres, y qué gran historia tienes para contar... Acá tienes amigas que te quieren— le dijo Nancy.

—Y quieren probar los pancitos versión venezolana que nos contaste— se rió Ivonne.

—Arepa, chama, se llama arepa— se reía Victoria mientras pensaba en las tardes con su abuela haciendo arepas.

Los sueños de un Charro

Ilustrado por
Rafaela



Vicente se mira al espejo y le gusta su imagen. Está vestido de ‘charro mexicano’, lleva un traje blanco con terminaciones en dorado y un sombrero de ala grande que hace juego perfecto con su vestimenta. Las botas negras y en punta dan el toque de perfección que busca. Suspira y piensa “todo el esfuerzo vale la pena”, se da vuelta y sale de la habitación. Baja rápido las escaleras, y en el living se encuentra con sus padres “ohhhh, hijo te ves hermoso”, dice Sofía, su mamá. “Todo un mariachi”,

agrega su padre. Se levantan del sillón para despedirlo, le dan la bendición y le piden que se cuide. Hoy será una noche intensa, Vicente tiene dos shows y volverá tarde.

Ya en el Uber camino al primer evento comenzó a imaginarse los frutos que en el futuro traerían sus esfuerzos. Estaba trabajando duro y tenía grandes sueños: quería comprarse una casa, ojalá llegar a tener un auto que le gustara, pero, sobre todo, quería ir algún día a México. "Ay, Guadalajara", piensa mientras sonríe como un niño mirando por la ventana del auto, qué ganas tenía de conocer más de cerca sus tradiciones, disfrutar de sus comidas y sus playas... y cantar. Se imaginaba por ahí cantando en la ciudad de sus ídolos o buscando un traje de Mariachi hecho por la familia Aguilar para traerse a Chile. Sus sueños no eran peque-

ños y cuando pensaba en ellos sentía una gran motivación y energía por seguir trabajando para alcanzarlos.

Tiene 19 años, se especializó en Mecánica Industrial, realizó la práctica profesional en la empresa en la que hoy trabaja. Decidió quedarse ahí porque en el pasado había tenido muy malas experiencias trabajando de joven. A veces recordaba sin alegría esos años y, por lo mismo, pensaba que la convivencia era importante al elegir dónde trabajar. Algunos de sus ex compañeros tenían jornadas con horarios regulares, por lo que podían juntarse los viernes en la tarde a tomar una cerveza y reírse un rato. Para él no era así,

trabajaba en un sistema de turnos con tres franjas horarias de 8:00 a 17:00, de 12:00 a 00:00 y de 20:30 a 6:00. Cada semana cambiaban los turnos y, además, debían rotar por todas las franjas horarias. El que menos le gustaba era el turno que comenzaba a las 20:30, el clima era muy duro en ese horario y la jornada se le hacía eterna.

Combinaba sus dos mundos, el taller y sus labores mecánicas, con el escenario y su despliegue artístico y vocal. Habitaba uno y el otro, transitando entre las obligaciones y las pasiones, equilibrando responsabilidades y sueños.

—Llegas muy puntual, Vicho— le dijo Eduardo, su manager y

amigo, que lo esperaba en la puerta del local donde realizaría su primer show.

—¡Como siempre!— respondió Vicente sonriendo y guiñando un ojo.

—Te queda super bien el traje, hasta pareces charro de verdad, te falta el puro acento— bromeó Eduardo mientras entraban para prepararse.

El local estaba lleno de gente, era uno de los restaurantes favoritos de Antofagasta y esa noche todas las mesas estaban ocupadas, incluso en la barra había algunos tomando una cerveza. El ambiente era festivo y familiar, dos niños bailaban una cumbia

envasada que sonaba, mientras garzones pasaban veloces entre las mesas con los pedidos. En la esquina había un escenario en el que nadie había reparado aún. Vicente y Eduardo entraron a un camarín.

—¿Quieres que pida algo para tomar o para comer?— preguntó Eduardo.

—No, gracias, con el agua estoy bien por ahora.

—¡Ok! Oye, no debes cansarte mucho en este primer show, recuerda que a las 2:00 tenemos que estar listos en el pub...ahhh y no te puedes manchar el traje, porque no tenemos otro— dijo Eduardo.

—No, no te preocupes soy un profesional, voy a medir las ener-gías— le dijo Vicente mientras estiraba su cuerpo.

—Sí sé, yo solo te cuido, es mi deber. Bueno descansemos un rato ¿Estuvieron muy cansado-res los turnos de esta semana?— le preguntó Eduardo mientras se peinaba con el reflejo del celular.

—La verdad es que no mucho— respondió. —Pero me preocupa que las madrugadas están frías y no quiero que me afecte la voz, trato de usar cosas que me cubran el cuello, pero... ¿qué se puede hacer? Hace frío. Esta semana pensé que me iba a resfriar de nuevo.¡Sería la tercera gripe en lo que va de temporada!

—Vicho, ¿y no será mejor buscar pega en otro lugar?— preguntó Eduardo preocupado.

—No, no, para nada— respondió Vicente como si hubiese tomado esa decisión hacía tiempo — Ya sabes que la última vez que intenté cambiarme de trabajo estuve dos meses afuera del escenario y me deprimí un montón. Ya busqué varias opciones y las empresas en mi área están todas lejos de la ciudad, entre los turnos y los viajes nos quedamos sin hacer los shows.

—Pero ganabas mejor. Ahora te pagan bastante menos y tienes que agendar más shows. Lo digo porque me preocupa tu salud—

dijo Eduardo, pensando que su amigo sacrificaba mucho por seguir cantando.

—Pero el sistema de turnos me permite cantar, hermano— le dijo.
—Me pagan menos, es verdad, pero si no canto me muero. Además, me gusta el trabajo que tengo, me llevo bien con la gente, los más viejos nos enseñan... no sé si un poco más de plata valga dejar estas condiciones.

Eduardo no entendía muy bien, para él ese sistema de turnos hubiera sido insufrible y hubiera optado por la opción en la que le pagaran más, pero su amigo era un romántico, que quería seguir cantando.

—Mira, yo llegué a esta especialidad por descarte, no me gustaba nada más, y sabía que necesitaba generar plata. Pero tú sabes que en realidad siempre he querido cantar. Acá en Chile no está fácil la cosa, y menos para los que no nacimos con la vida resuelta. Antes de esta empresa, hice una práctica en un lugar que me trataban tan mal, no te enseñaban, te mandaban a los gritos, y no, no quiero eso de nuevo. Así que ahora me quedo con un trabajo que me deje seguir cantando y en el que me traten bien.

—Oh Vicho, eso no me lo habías contado, no sabía que había sido tan malo.

—Sí, fue muy malo en verdad, nos trataron super mal y yo creo que eso nos afectaba a todos. Son súper importantes las relaciones, hermano, eso marca la diferencia—

—Sobre todo entre nosotros, bro, porque mira que no es fácil ser manager de una estrella como tú— dijo riéndose Eduardo. —Aunque, la cosa está dura, no es fácil hacer la plata para llegar a fin de mes, menos mal que tengo el autito para hacer unas monedas más.

—Sipo hermano, la plata es la plata y en eso no hay que perderse. Uno tiene que trabajar para tener sus cosas, no tuvimos

la suerte de nacer en cuna de oro
ni tener herencias.

—Es verdad— dijo Eduardo, mientras veía a este mariachi tan resuelto y tan joven.

—Además, Edo, ahora tengo que aprovechar. Soy joven y puedo darle duro al trabajo de la mecánica y al canto. Sé que no es para toda la vida. Va a llegar el momento en que tenga que evaluar si me da el ancho y las energías... y si la pareja acompaña— se rió Vicente.

—Uuuy, Vichito, eso es un temón. Por ahora te tienen paciencia.

—Sí, hasta ahora está de acuerdo con vernos a ratos, pero yo sé que no es para siempre...

—Hay que tener ojo con eso.

Alguien entreabre la puerta para decir “ya, en cinco al escenario”. Ambos jóvenes se paran, y se preparan para salir. Caminan en dirección al escenario, y se dan un abrazo de buena energía. A las 23:30 suenan los enormes parlantes del lugar, una base de música mexicana, Vicente se ilumina, y un verdadero charro mexicano sube con energía al escenario... empieza el primer show de la noche.

Futuros posibles. Profesión e independencia

Ilustrado por
SODOMASS

camino
PLAZA DE PUENTE ALTO

El arquitecto con el que trabajaba lo había llamado para un nuevo proyecto. Una clínica veterinaria buscaba ampliar sus instalaciones ya que durante el último tiempo habían vivido un crecimiento impor-tante, comenzaban a atender más animales de granja y reque-rían los espacios necesarios para ello. El dueño de la veterinaria ya había acordado con el arquitecto dónde estarían estos nuevos luga-res y cómo debían ser,

—Ahora necesitamos que tomes las medidas, hagas los dibujos y que elaboremos un presupuesto específico en conjunto. Si todo sale bien estaremos ocupados en este proyecto durante los próximos 5 meses— le había dicho el arquitecto a Mauricio.

Mauricio es un joven egresado de dibujo técnico de un liceo en la región de O'Higgins. Trabaja pimponeando entre el área de la construcción junto a su padre y en proyectos como dibujante junto al arquitecto que lo acababa de contactar. A Mauricio le gusta su trabajo, se lleva bien con su papá y ha aprendido de él y de su abuelo lo que sabe de la construcción, de presupuestos, de planificaciones, y también de

organización. Porque, aunque la independencia le entregue cier-tas libertades, también signi-fica inestabilidad y el riesgo de pasar por algunos períodos sin plata fija. Como esta actividad ha sido parte de su vida desde muy temprano acompañando a su papá, hoy se desenvuelve con mucha naturalidad y confianza en el área, disfruta dibujar los planos en su pieza mientras en el celu-lar suena un reggae que ameniza al momento. Es rápido y obtiene resultados de calidad en poco tiempo.

La veterinaria en la que trabaja-ría los próximos meses quedaba en Puente Alto en Santiago. Esto implicaba que, para tomar las medidas y conocer el lugar antes

de ponerse a dibujar, era necesario ir hacia allá. Tomó el tren, se sentó, se puso los audífonos y se fue mirando por la ventana mientras pensaba en la tranquilidad por el dinero que le otorgaría este proyecto por un tiempo.

Aurora ya estaba ambientada en su trabajo, no llevaba mucho tiempo, pero había aprendido rápido las dinámicas del lugar, los procedimientos y tareas que tenía que realizar y, además, se llevaba muy bien con quienes trabajaban allí. Cuando entró a estudiar técnico en agropecuaria no había

pensado en qué quería trabajar una vez egresada, ¡había tantas opciones en este rubro! ¿Se dedicaría a la agricultura y actividades del campo? ¿A la crianza de animales? ¿A procedimientos de packing y distribución?... no, finalmente había conseguido una práctica profesional en una veterinaria de la comuna de Puente Alto y, como todo su proceso terminó siendo exitoso, ya estaba trabajando oficialmente en ese lugar.

Cuando les dijeron en el liceo que debían encontrar una práctica profesional, Aurora se acercó a hablar con el profesor que le enseñaba sobre veterinaria, Danilo, ya que a estas alturas había decidido que los anima-

les serían su rubro y sabía que el profesor tenía una veterinaria en una comuna cercana. Fue aceptada y ese fue el comienzo de su vida laboral.

Mauricio llegó a la veterinaria. Mientras se acercaba miraba la estructura del edificio, reconocía los materiales con que estaba construido y se imaginaba de manera previa los modos de hacer las mejoras que el arquitecto le había mencionado.

Lo salió a recibir Danilo, el dueño de la veterinaria. Estrecharon las manos en un saludo y, luego de una breve conversación acerca del viaje y del clima, pasaron para comenzar la observación, toma de medidas y ajustes de los detalles del proyecto. Luego de recorrer el lugar, saludar al personal y acariciar a algunos animalitos, se dispuso a trabajar. Así, estuvo toda la mañana, tomando medidas, identificando materiales,

imaginando el levantamiento de muros y pensando en las mejoras específicas para una veterinaria.

En la veterinaria no trabajan muchas personas, se turnaban para tomarse los recesos y la cocina estaba tranquila y sin mucha gente a la hora de almuerzo. Mauricio abrió su taper y puso a calentar el puré con carne que había preparado en la mañana antes de salir. En la espera se encontró con Aurora, quien había llegado unos minutos antes a calentar su comida y ya estaba sentada en una de las mesas. Se saludaron de nuevo, pues ya se habían visto en la mañana. Ambos tenían más o menos la misma edad y, como eran los únicos en la cocina, se

sentaron a almorzar juntos y conversar.

—Debe ser super entretenido trabajar en este lugar— dijo Mauricio. Ella confirmó con entusiasmo, pero agrega —aunque a veces llegan perritos atropellados o gatitos enfermos, en esos casos no es tan bonito, es más bien triste—

Aurora le cuenta que al principio no participaba mucho de esas cosas, sino que más bien se encargaba de temas administrativos, de la recepción, del mantenimiento y cuidados de animalitos que estaban en recuperación. Pero que sus compañeros/as y jefe habían sido muy amables y poco a poco le fueron enseñando, dando más

responsabilidades, permitiendo que participara... ahora se sentía completamente parte del equipo, incluso podía ayudar a la veterinaria de turno y asistir a animalitos que venían con problemas más graves. —Es cosa de práctica, después te acostumbras— terminó diciendo.

Para Mauricio esa era una sensación conocida. —Yo también partí en una empresa ayudando muy tímido, de hecho, no sentía la confianza ni para opinar, solo obedecer— dijo —¡Sí, me pasó lo mismo!— comentó Aurora.

—Pero mi jefe tuvo harta paciencia, a veces incluso me ponía entre la espada y la pared, yo tenía que tomar decisiones del

trabajo. Aunque al principio me ponía nervioso, después entendí que estaba tomando en cuenta mi opinión y que confiaba en mí, en lo que yo le recomendara, en que un muro no se iba a caer si hacía-mos lo que yo proponía, eso fue heavy— dijo Mauricio.

—Al final, cuando estás estu-diando— mencionó Aurora — no tienes idea con qué te vas a encontrar después.

Habían terminado de comer y todavía les quedaban 20 minutos de descanso, por lo que Aurora le ofreció salir al patio del lugar "para tomar un poquito de sol". Se sentaron en un banco y se acercó un perrito, Aurora le contó que era de la veterinaria, que llegó un

día solito, probablemente abandonado y todos se encariñaron con él así que decidieron adoptarlo. —Ahora es el asistente regalón— bromeó.

—¿Y qué es lo que quiere hacer Danilo?— preguntó Aurora.

Mauricio comenzó a explicarle las mejoras que proyectaban y el modo en que él planeaba que se podían llevar a cabo. Emocionado empezó a hablar de los plazos en que se podría terminar, las posibilidades del lugar y las ideas que se le habían ocurrido en esa mañana conociendo el espacio. —Uy, se nota que te gusta tu pega— le dijo riendo Aurora.

Era cierto, a Mauricio le gustaba mucho su trabajo. Además de

complementarse muy bien con sus inicios de pequeño trabajando con su papá, le permitía conocer distintos tipos de edificios y sobre todo disfrutaba la posibilidad de que sus dibujos e ideas se materializaran en espacios y edificios. —Lo único malo es la inestabilidad—, suspiró con un leve tono de decepción. —Por una parte, me gusta tener mis propios horarios y ser independiente, pero trabajar por proyectos hace que mi trabajo sea inestable, con meses de mucho y meses sin plata, pues no hay trabajo—. Había aprendido de su padre a ser ordenado con su dinero, por lo que sabía organizar sus finanzas, —pero estar permanentemente buscando pega es cansador—, concluyó.

Para Aurora eso era nuevo, no lo había pensado porque ella había hecho la práctica profesional y luego había sido contratada en el mismo lugar. —Y, ¿cómo lo haces? ¿buscas trabajo en internet?— preguntó.

—No— Respondió Mauricio, —la verdad es que trabajo principalmente con dos arquitectos, ellos me van llamando cuando tienen proyectos. Algunos son más grandes, otros más breves. Pero cuando no estoy trabajando en eso, lo hago con mi papá en trabajos de construcción. De todos modos, a pesar de esta inestabilidad, estoy aprendiendo mucho. En mi antiguo trabajo, por ejemplo, tuve que hacer no solo dibujo, aprendí a ingresar proyectos a

la municipalidad, conocer los procesos burocráticos, aprendí de mis compañeros... Incluso tuve que trabajar en mi personalidad. ¿Alguna vez fuiste buena para exponer en el colegio?

—Noooooo, qué vergüenza— respondió Aurora —siempre se me olvidaba todo. Nunca fui buena hablando en público.

—Yo tampoco, y tuve que aprender para presentar avances del trabajo a mi equipo. Incluso a veces me tocó defender mis propuestas. Ohhh eso era brígido. Pero me gustó y aprendí harto. Siento que en este tiempo he estado aprendiendo mucho, además que mi jefe es super buena onda y me da la oportunidad incluso de equivocarme.

—¡Qué buena! A mí me ha pasado lo mismo acá. Mis compañeras me han enseñado harto. Yo ya sabía de trabajar con animales desde el colegio, por la especialidad que elegí, pero no es lo mismo que en la vida real o con animales más chiquitos.

—Al final la mitad de las cosas se aprenden trabajando— dijo Mauricio.

—Sí, ¡como atender a la gente que es tan complicada!... eeessooo es lo más difícil. Definitivamente los animales son más fáciles de tratar que sus dueños— se rieron.

Ya era hora de cambiar el turno de almuerzo con su compañera. Aurora comenzó a recoger sus cosas. Asimismo, Mauricio tenía

que aprovechar lo que quedaba de jornada, todavía tenía que viajar de regreso a Rancagua y no quería llegar tan tarde.

Aurora tuvo una tarde tranquila. Mientras ingresaba diagnósticos y tratamientos a la planilla de la veterinaria, pensaba en lo que acababa de hablar con Mauricio. Ambos habían podido crecer profesionalmente en sus trabajos, habían tenido suerte. Como dijo Mauricio, habían podido aprender, desafiarse a sí mismos y superar las primeras inseguridades en los primeros trabajos. Miraba a su alrededor y se sentía a gusto con lo aprendido hasta hoy. —La Aurora de antes de la pandemia ni se imaginaba que

este sería nuestro futuro—, pensó contenta.

Así se fue dejando llevar por las ideas de sus proyectos a futuro, por el deseo de estudiar en universidad y ser profesional. También pensaba en el esfuerzo adicional de prepararse para ingresar a la universidad y en la desventaja que tenía respecto de quienes en el colegio los prepara-ron específicamente para eso.

—Bueno, al menos tengo mi título técnico y eso me permite traba-jar y aprender acá... pero ¡quisiera tanto ir a la U!—. Se imaginaba en el futuro, titulada de veterina-ria, poniendo su propia clínica y pudiendo aliviar el peso econó-mico de su mamá que tanto la

había apoyado en este camino de la vida. Con eso en mente se daba ánimos, pensaba que hoy no era su tiempo para disfrutar porque debía esforzarse y enfocarse en sus metas, y que después recibiría la recompensa de su esfuerzo.

En esas ideas se pasó la tarde, mientras Mauricio terminaba las medidas y bosquejos iniciales que, una vez en su casa, digitalizaría y perfeccionaría. En sus audífonos sonaba reggae, se había quedado pensando en su futuro. La conversación con Aurora había estimulado sus recuerdos, cómo había empezado hace ya algunos años y ahora cada vez más profesional en el rubro. Sabía que sus sueños estaban más cerca, pero que faltaba todavía un

poco más para lograrlos. Siempre le había gustado trabajar con su papá, por eso todos sus proyectos a futuro lo incluían. Ya tenía pensado incluso el nombre de su futura constructora: "FariasM Diseño y Construcción". Algún día sería el dueño de esa empresa, y podría darles trabajo estable a jóvenes que, como él, estaban en búsqueda de mejores oportunidades.

Así, concentrado en sus sueños de futuro y también en sus tareas, prácticamente había terminado el trabajo del día sin darse cuenta. En ese momento llegó Danilo a recordarle que no se le hiciera tarde para su regreso. —Yo voy en auto al metro, si quieres te aprovecho de llevar— le ofreció. Él

aceptó feliz, llegaría más rápido a tomar el tren de regreso. Para su sorpresa, Danilo llevaba también a Aurora y otro compañero al metro. Así es que los cuatro se fueron conversando.

Al llegar, todos se bajaron para continuar sus caminos. Aurora y Mauricio se despidieron con un "nos vemos en la próxima visita" y caminaron hacia lados opuestos, cada uno pensando en sus futuros. No se habían dado cuenta antes de ese día lo importante que había sido encontrar una buena práctica y luego un buen trabajo. Que sus jefes validaran sus conocimientos y que los apoyaran en sus inicios profesionales. Eso les había permitido concentrarse en los proyectos laborales a futuro,

aunque estos sean muy distintos. Aurora quiere profesionalizarse y Mauricio, independizarse. Cada uno en sus áreas, cada uno pensando estrategias distintas y cada uno en su tiempo, pero ambos con la seguridad de que estaban ya aprendiendo, ya acumulando experiencia que les permitiría alcanzar, algún día, sus sueños.

A veces, el
lugar en el
que naces

Ilustrado por
Análoga

ES HOY

Fernanda está ansiosa este día. Luego de 2 años, llegó el momento en que empieza una nueva aventura, lanzarse a explorar la vida en los laberintos de Santiago. Su corazón ensanchado está hambriento por nuevos aprendizajes, por crecer en lo personal y profesional. Había hecho toda su vida en la Quinta Región, había recorrido las calles de San Antonio y Santo Domingo, pero ahora buscaba en otros horizontes la promesa de mejores oportunidades. Nunca

es fácil alejarse del hogar, pero a veces el lugar en el que naces no te ofrece lo que quieres. No había sido un camino rápido, pero Fernanda confiaba en las decisiones que había tomado y en cómo habían ido ocurriendo las cosas en su vida.

De adolescente había realizado cientos de veces el mismo recorrido, cada mañana, luego de levantarse muy temprano cuando emprendía rumbo al liceo acompañada por los primeros rayos de sol. Los rutinarios caminos hacia el paradero para esperar la micro que no perdonaba en sus horarios, desde Santo Domingo a San Antonio, todas las mañanas y todas las tardes.

Recordó incluso más hacia el pasado, pensando en su madre que había estado en esas mismas salas y sentada en esas mismas sillas que ella. Su mamá, que había logrado salir adelante sola con una hijita, teniendo que hacer malabares para poder estudiar y criarla al mismo tiempo. No es fácil ser madre y estudiante. Fernanda sabe que no es comparable, pero en ocasiones logra comprender el gran esfuerzo de una madre estudiante cuando tiene que encargarse de los cuidados de la Canela, su perrita.

Si bien ella y su madre se parecían en algunas cosas, Fernanda sabía que debía tomar y construir su propio camino y quería encontrar un rumbo que fuera

propio. En tercero medio llegó el momento de elegir su especialidad, fue un momento crucial en el que tuvo que pensar en ella misma, en qué futuro se veía y qué la haría más feliz. Su madre eligió técnico en Educación Parvularia, ella Administración en Recursos Humanos. Durante tercero y cuarto medio aprendió mucho, hizo varias amistades nuevas y conoció a Tomás, su pareja. Estaba enfocada en lo que quería para su futuro y ansiosa por "salir al mundo real", como le decían los adultos.

Recordó el momento en que iba a comenzar su práctica profesional. Estaba feliz por finalmente poder aplicar todo lo que había aprendido durante esos dos años.

Estuvo buscando en varios espacios donde la pudieran recibir, sin buenos resultados. Había sido arduo buscar práctica sin apoyo de su liceo, pero finalmente la llamaron. Una óptica buscaba una persona para que se sumará a su equipo de trabajo. En un principio le pareció extraño. ¿Una práctica de recursos humanos en una óptica? Luego de pensarlo un tiempo, decidió aceptar. Después de todo, en cada empresa existen personas trabajando que necesitan apoyo en sus procesos. Al final, necesitaba obtener su certificación de práctica para seguir avanzando.

Llegó su primer día, estaba muy emocionada. La recibieron con mucha amabilidad, no le quedaba

tan lejos de su casa, todo pintaba bien. Se presentó con su jefa, quien le dio una introducción sobre el funcionamiento de la óptica, los lugares donde se atendía a los clientes, las personas que trabajaban allí. Finalmente, llegó el momento en que comenzó a detallar en qué se desempeñaría Fernanda, le pidió que la acompañara y la llevó hasta un mostrador. Fernanda pensaba que estaría en una oficina, pero no dijo nada.

—Y aquí estarás tú, recibiendo y atendiendo a los clientes—. Fernanda se quedó helada. Estaría de vendedora, no trabajando en lo que la llevaban preparando ya casi dos años completos. Intentó disimular lo mejor posible

su desilusión. No estaba contenta con la noticia, pero nunca se había visto enfrentada a esto en un trabajo, por lo que tampoco sabía cómo debía reaccionar. ¿Debía decir que no? ¿debía preguntar si había un error? ¿cómo decirle que estaba preparada para otras tareas?

Después de tanto tiempo preparándose para este momento, no podría poner en práctica casi nada de todo lo que había aprendido. Sintió ganas de dejar todo de lado, de irse del lugar corriendo hacia quién sabe dónde... Pero una vez que hubo pasado la impresión inicial, consideró esto como una prueba, como un inicio.

—Ya llegará el momento en que reciba más responsabilidades y trabaje en mi área— se decía con un poco de resignación, pero también con calma. Decidió que pensaría en este trabajo como un escalón no tan agradable, pero un escalón al fin y al cabo.

Así pasaron los tres meses de práctica, y con un poco de perspectiva, no había sido tan malo después de todo. Aunque no estaba estudiando para ser vendedora, la experiencia le entregó aprendizajes que ahora eran valiosos y podía considerar al salir al mundo laboral, la atención al cliente, aprender a comunicarse de manera efectiva, gestionar soluciones en momentos conflictivos... Sí, se sentía más preparada. Aunque todavía la rondaba un cierto temor cuando recordaba que una vez titulada de cuarto medio debía enfrentarse realmente al mundo laboral.

Se vio a sí misma, una joven tímida adentrándose en este mundo, haciendo su curricu-

lum, usando las estrategias que le habían enseñado en el colegio y comenzando su búsqueda. Había dejado su currículum en distintos lugares y empresas, paseando por San Antonio con varias copias en su carpeta. De un momento a otro llegó una oferta caída del cielo, una empresa que asesoraba en temáticas de Recursos Humanos que quedaba a pasos de su hogar. No más micros que esperar ni largos trayectos que recorrer, pero sobre todo le hacía ilusión finalmente poner en práctica lo que había aprendido en sus años de estudio, lo que le gustaba y en lo que quería seguir aprendiendo.

Fue su último trabajo en la Quinta Región. La empresa estaba dentro de una casa, era un espacio pequeño pero acogedor, le

gustaba estar a diario en ese lugar. Comenzó a conocer la vida en el mundo del trabajo, tener responsabilidades y también disfrutar de la compañía de sus colegas. Eran tres personas en su equipo de trabajo, un grupo pequeño, igual que la oficina. Esto le había permitido aprender de distintos ámbitos de los Recursos Humanos. Desde gestionar contratos y procesar salarios, hasta coordinar jornadas y horarios. Pero además le permitía estar involucrada en otras áreas de funcionamiento de una empresa, por lo que se sentía muy motivada.

Con el tiempo, sin embargo, comprendió el lado negativo de una empresa de esa magnitud: no tendría mucho margen para crecer laboralmente. Una

vez más, como ese primer día de práctica en la óptica, sintió que ella podía hacer mucho más de lo que estaba haciendo y que quería tomar nuevos desafíos.

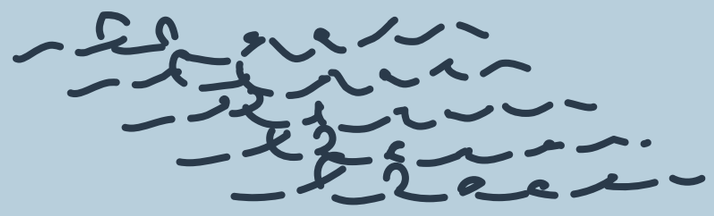
Las opciones que ofrecían mayor crecimiento profesional estaban en ciudades más grandes, Santiago o Viña del Mar. Los tiempos de decisiones son duros, Fernanda se había encontrado en la encrucijada de estar en un espacio de trabajo que le queda cerca de su hogar, que le permite ver a su familia, pareja y a su perrita, u optar por un trabajo en Santiago (con los costos económicos y emocionales que eso conllevaba), pero con oportunidad de crecimiento. Un cambio importante en su vida. Había tomado la decisión.

STOP
11:00

Sí, miraba sus maletas y el canil de la Canela listos para partir. Los costos eran altos, pero también los beneficios. Y sus sueños eran grandes. Recordar sus pequeños peldaños hasta el día de hoy, a dos horas de tomar el bus que la llevaría a su nueva vida en Santiago, le confirmó que caminaba en la dirección correcta. A veces, el lugar en el que naces no te ofrece lo que quieres, pensaba, con el peso de la lejanía del hogar, pero feliz de poder aprovechar esta oportunidad.

En el campo, como mi abuelo

Ilustrado por
Nic



Eran las 6:30 de la mañana, David ya había pospuesto varias veces la alarma, mientras luchaba contra los nudos de las sábanas. Esos “cinco minutos más” eran muy tentadores, pero sabía que tenía que llegar estrictamente a la hora a su trabajo... Aunque en realidad viviera allí mismo y eso le daba un margen, debía presentarse a trabajar muy puntualmente.

Se puso sus calcetines largos y empezó a darle marcha a su día. Puso el agua a hervir y el pan a

tostar. Mientras esperaba absorto en el desayuno, su mente empezó a divagar.

¿Cómo es que llegué hasta acá? ¿Dónde empezó mi historia a guiarme hasta este punto?

Recordó aquel David de pequeño, cuando su abuelo, madre y hermanos vivían todos juntos en su campo cerca de Lago Ranco. Esos recuerdos de su familia eran como un aire que inflaba su pecho mientras se cepillaba los dientes después de haber devorado ese pan con queso y jamón. Qué nítidas imágenes alojaba en sus recuerdos de aquellos días.

Su abuelo fue quien le enseñó desde muy pequeño que cada semilla contiene un árbol en su

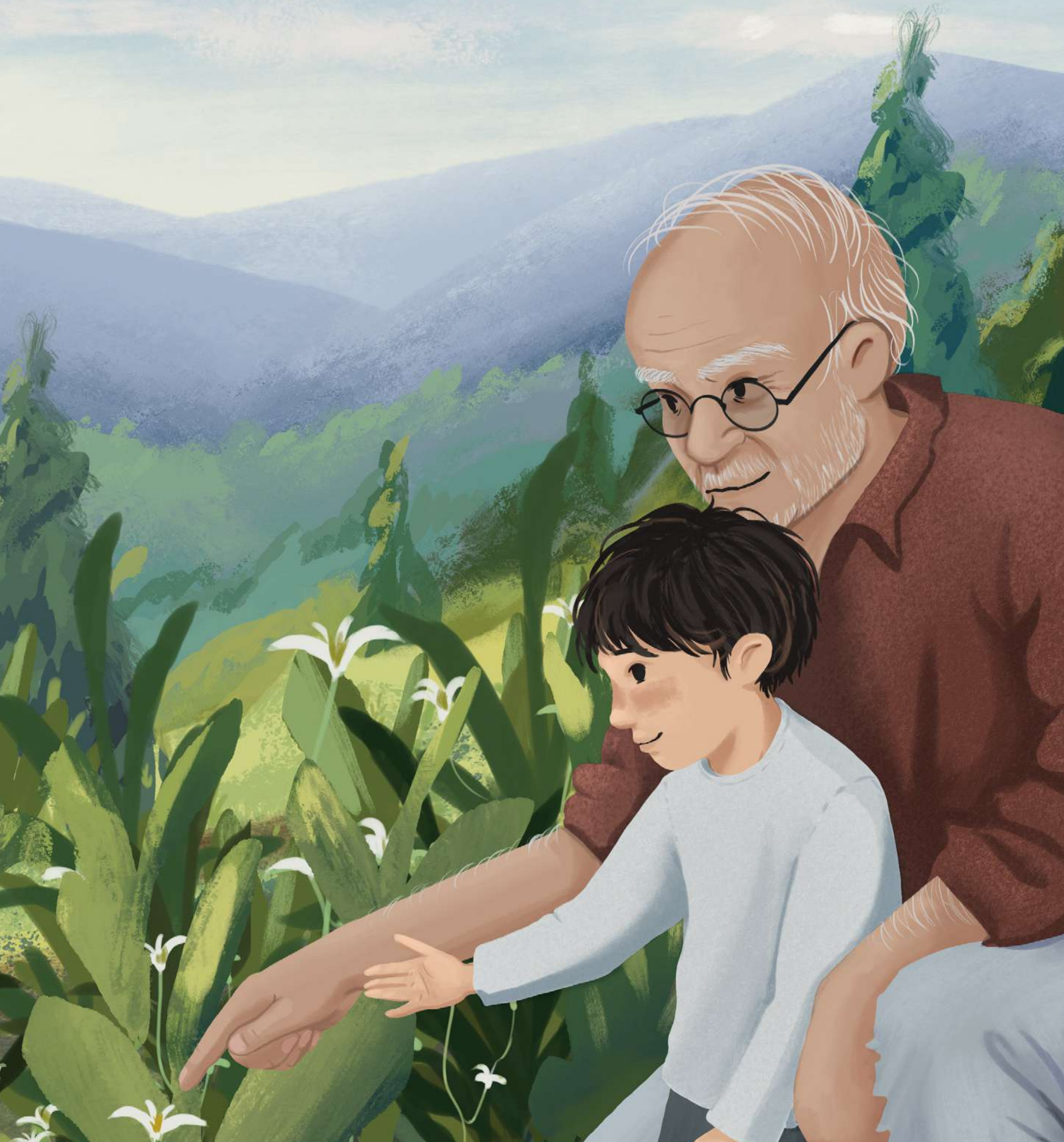
interior. Fue él quien lo montó por primera vez sobre un caballo, con quien acarició por primera vez una oveja y quien le mostró cómo las gallinas empollan. Y, sobre todo, aprendió de él, cómo ser agradecido con lo que la tierra nos brinda. Cuando fue creciendo le enseñó también los ritmos de la tierra, cuándo y cómo arar, plantar y cosechar. De los animales fue aprendiendo cómo cuidarlos, alimentarlos e incluso saber cuándo uno de ellos estaba enfermo.

Ya con los dientes cepillados, David fue a buscar sus botas. Pensó cuántos pasos había dado con ellas. Recordó que fueron un regalo de su mamá, para cuando tuviera que mudarse a donde está

ahora. Su madre siempre apoyó a David con su decisión, veía cómo sus ojos brillaban como los de su abuelo al ver los campos creciendo y los animales dando a luz, por eso no fue una sorpresa cuando en tercero medio eligió estudiar la especialidad de Agro-pecuaria.

En ese tiempo el abuelo de David ya no caminaba en las tierras de los vivos. No pudo ver a su nieto con su título en los saberes que él ya cargaba en la sangre. A pesar de eso, David sentía que hablaba con su abuelo en cada animal y planta que cuidaba. Fue apren-diendo cada día más. Saberes que su abuelo le había transmitido, los iba enriqueciendo con lo que aprendía de sus profes en el liceo.

Le habría encantado compartirlo con él, quizás le hubieran gustado estos saberes nuevos, quizás no, donde manda capitán no manda marinero, dicen.



Ya con las botas puestas, David se puso su gorro para atravesar las heladas de las siete de la mañana, aunque fueran tres minutos los que tenía que caminar desde la casa hasta el fundo. Recuerda cuando postuló a este trabajo, recién salido de cuarto medio y con ganas de comerse el mundo, esa llamada telefónica fue intensa.

Era una gran oportunidad, una paga decente para un recién egresado, con alojamiento y alimentación. “Aquí la hago”, se dijo. Solo había un inconveniente. El Fundo quedaba a 3 horas de distancia de su casa en Lago Ranco. Y eso no era todo: los turnos. Los benditos turnos de 12 días de trabajo y 3 de descanso.

En esa llamada telefónica fue como poner todo en una balanza. De un lado estaban sus amistades, el calor de su hogar y el lago al que solía ir cuando necesitaba dar un paseo. En el otro lado estaba su futuro, el querer hacer algo propio y el ponerse a prueba también, salir de su zona de confort. Hasta que se decidió, "démosle" le respondió a quien lo contactó.

Abrazó a su mamá y sus hermanos, "me voy", les dijo. Era una aventura por partida doble, su primer trabajo desde que ya era técnico agropecuario y la primera vez que se iba a vivir solo. Bueno en verdad solo, solo, no. Tendría que compartir espacio con sus

colegas, cuestión que lo ponía aún más nervioso.

Cuando recuerda esos primeros días siempre se ríe, aunque fueron un poco extraños. Presentarse con las personas con que compartiría hogar, aprender todo lo que significa tener un espacio propio en el que eres responsable de ti mismo. Por suerte la casa tenía todo lo necesario para vivir bien, calefacción y comida. Además, comenzó a llevarse bien con sus colegas, salían a pasear al pueblo, conversaban sobre sus vidas fuera del fundo. Mientras abre la puerta del corral donde se encuentran los animales, piensa en todo lo que ha aprendido en este tiempo que lleva trabajando acá.

Igual hay días y días. Algu-
nos buenos y otros no tanto. En
aquellos que David extraña su
hogar, amigos y familia, recuerda
su plan. Aprender lo más que
pueda en este trabajo, volver a
su campo y aplicar todo lo que
está viviendo en las tierras de su
abuelo. Qué orgullo será para su
familia cuando logre multiplicar
los animales y elevar sus cosechas
hacia el cielo.

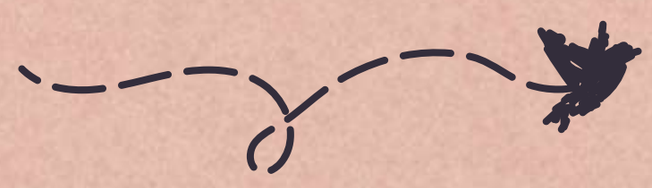
Ve a su abuelo en cada brote
nuevo, en cada cría que ayuda
a venir a este mundo. Pareciera
que los esfuerzos de su trabajo se
aligeran cada vez que visualiza su
campo, como si toda su familia
estuviera recolectando los frutos
cuando él lo hace, como si toda su

familia paseara con él junto con los animales del fundo.

Cada vez que David piensa en eso, un aire le infla el pecho, hace que su cabeza se levante y empuja sus pies para seguir adelante.

¿Qué quieres ser cuando grande?

Ilustrado por
Rafaela



Ricardo nació y creció en Huicha, al sur de la gran isla de Chiloé. Siempre ha sentido que estaba destinado a nacer allí. El mar y sus aires lo han acompañado toda la vida, ya son parte de él y él es parte de ellos.

Conoce muy bien sus caminos, sus climas y secretos. De pequeño ha aprendido los recorridos para ir hacia Chonchi, la ciudad al centro de Chiloé. Su liceo se encontraba ahí, entonces

ya conoce cada curva y bache que el camino tiene.

Desde pequeño le han preguntado: "¿Qué quieres ser cuando grande?". Y él siempre pensaba a sus adentros: "¿Hay que ser grande para empezar a ser alguien? ¿Qué hago mientras? ¿Qué quiero ser ahora?". Cuando pensaba eso sentía algo en el pecho, algo duro pero frágil, como un huevo que estaba pronto a romperse.

Luego le preguntaban: "¿A qué parte del continente te gustaría irte?". "Me quiero quedar acá", decía.

Cuando fue creciendo se dio cuenta que su liceo era distinto al resto. En tercero medio tenía

que decidir una especialidad, no tenía idea. Mecánica automotriz, Programación o Administración. Nunca fue muy fanático de los autos, prefería andar en bicicleta, mecánica automotriz, desechada. Del computador nunca fue muy amigo, le costaba hasta instalar los juegos que le gustaban, programación, fuera. Administración era la que más le interesaba, le gustaba trabajar con personas y veía que esta especialidad se acercaba más a lo que le llamaba la atención.

Llegó el momento entonces, decidido irse por Administración. "Este momento es muy importante", le decían sus profesores. Volvieron a su mente las preguntas y la sensación de un huevo en

su pecho, pero ahora se movía, como una pequeña ave que le comprimía su pecho tímida-mente. “¿Qué quieres ser cuando grande?”.

Había momentos en que su mente olvidaba esa presión, sólo disfru-taba la compañía de sus compa-ñeras y compañeros, los recreos, las alianzas y todo lo que contenía el liceo pero que se escapaba de la sala de clases. Eso no significaba que no se esforzara. Al contrario, estos momentos de diversión le daban más ganas de ir al liceo, de aprovechar ese momento.

A medida que iba avanzando en su especialidad iba apren-diendo cada vez más, siendo cada día más organizado, en los

programas se manejaba como un profesional. Ya se sentía capaz de poder salir a trabajar. Hasta que llegó el momento, salir de cuarto medio. En medio de abrazos y llantos se prometía con sus amigas y amigos seguir viéndose después de este paso.

No esperó mucho para empezar a buscar trabajo. El seguir estudiando era un proyecto para más adelante, por lo menos para él. No quería irse muy lejos de Huicha, así que buscó pega por Chonchi.

Cuando lo llamaron para ofrecerle el puesto que tiene ahora, saltó de la emoción. Era buena paga y lo mejor, era en Chonchi, en su amado Chiloé. Solo había algo que le hacía un poco de

ruido, le incomodaba, algo como una costura que molesta en el cuello de la camiseta. Era en una salmonera. No había mucho que pudiera hacer; si quería quedarse en Chiloé, la gran oportunidad de trabajo de la mayoría de las personas era trabajar en salmoneras. No quiso darle mucha vuelta, para no sentir esa presión en el pecho que le acompañaba desde hace un tiempo. Aceptó.

Llegó su primer día, con la ansiedad de un paso inicial, claramente. El recorrido era el mismo que tomaba para el liceo, eso le ayudó a liberar su pecho, mejor diablo conocido que diablo por conocer, dicen. La pareja de su mamá lo llevó. Su trabajo también

quedaba en esa dirección, y aprovecharon de conversar un poco.

—¿Estás nervioso?— le preguntó.

—Un poco— dijo Ricardo mirando por la ventana.

—Es normal, Ricardo. Pero para esto te has estado preparando tanto tiempo, lo vas a hacer bien, estoy seguro.

—¿Y si me mando alguna cagá?

—No serías ni el primero ni el último— le dijo con una sonrisa en el rostro.

Eso calmó un poco al pájaro en su pecho, que quería salir volando por sus costillas.

Llegó a la oficina aún un poco nervioso. Lo recibieron y le hicie-

ron caminar por varias escaleras sin explicarle mucho, hasta que llegaron a lo que sería su oficina.

—Vamos a tener una reunión a las 12— le dijeron. Le dieron un par de tareas que no alcanzó a procesar bien, pero a las que asintió confiando en que podría preguntar después, y lo dejaron con su nuevo equipo. Ellos empezaron a preguntarle sobre su vida.

—¿Y cuántos años tienes?— le preguntó un compañero.

—19, casi 20— respondió Ricardo.

—Podría ser mi nieto— le dijeron entre risas.

Ricardo no le dio mucha importancia y se lo tomó con humor. Pajarito nuevo la lleva, dicen.

Llegaron las 12, se dirigió a la sala de reuniones, entró tímido y buscó un lugar desocupado cerca de su equipo, con quienes había alcanzado a cruzar un par de conversaciones. Observó que uno de sus colegas le pegó un disimulado codazo a otro para decirle algo al oído.

—Hoy viene el jefe de jefes.

Ricardo intentó que el pájaro en su pecho no oyera lo que estaba pasando.

Llegó el gerente general de la empresa, con un aire de mente de tiburón, apurado quien sabe por qué. Se sentó en la cabecera y sin dejar de mirar su reloj dijo: “Bueno... ¿En esta oficina no hay café?”.

Todos los presentes se miraron entre sí como buscando café en sus ojos, hasta que las miradas se posaron en Ricardo. Su ave empezó a aletear.

Alguien del otro lado de la mesa le dijo: “Oye, lolito. Hazle un café a tu jefe”.

Ricardo se levantó, como embrujado por la mirada de todos los adultos. Tomó una taza y preparó un café, porque parece que estaba dentro de su contrato, quien sabe. Se lo llevó al jefe de jefes mientras su pájaro hacía bailar la taza a un ritmo frenético.

El resto del día estuvo en piloto automático, hizo todo lo que tenía que hacer sin mucha dificultad. Hasta que llegó el horario de salida.

Tomó su abrigo y salió. Cerró la puerta de la oficina y al lado vio el mar que siempre lo ha acompañado, pero estaba distinto. “Marea

roja” cantó el ave desde su pecho.
Un escalofrío recorrió su espina.
Hasta que llegó la pareja de su mamá a buscarlo.

—¿Cómo te fue?— le preguntó.

Su pájaro estalló en miles de cantos que había ahogado todo el día.

Epílogo

Hacerse joven en la sociedad actual constituye un profundo desafío para las y los estudiantes de educación técnico profesional. Las voces juveniles aquí presentadas nos han mostrado que existe un conjunto de obstáculos para plantearse aspiraciones en sus vidas y visualizar sus futuros posibles. Las historias relatadas nos muestran parte de éstos y, sobre todo, nos enseñan acerca de las diversas estrategias que las y los jóvenes están implementando para ajustar sus metas y avanzar hacia esas aspiraciones.

En ese trayecto van encontrando personas que se transforman en sus aliados/as, en quienes pueden confiar y de las cuales rescatan aprendizajes significativos para sus vidas. Pero, también aparecen personas que son significadas como problemáticas porque les discriminan por ser jóvenes, les humillan al considerarles como alguien que no sabe, y en algunos casos les invisibilizan en los aportes que pueden hacer en la experiencia laboral.

De todas estas cuestiones, nos parece que el liceo y las familias debieran tomar nota. Reflexionar de manera colectiva, ojalá en instancias intergeneracionales, para diseñar estrategias que les permitan conocer las aspira-

ciones juveniles, el detalle de las experiencias laborales mientras están estudiando, mientras hacen su práctica profesional y también si se quedan en el mundo del trabajo. Nos parece que es relevante conocer de primera fuente, a través de las voces juveniles, estos obstáculos y facilitadores en las experiencias laborales, dado que es a través de ellos que van tomando decisiones para profundizar en la especialidad que estudiaron o abandonarla definitivamente.

Los relatos contenidos en este libro son conmovedores. Nos muestran experiencias juveniles plenas de la emocionalidad de quienes están aprendiendo el mundo en el que viven. Cuyas

historias —en su texto e imáge-
nes— nos muestran los mundos
juveniles con capacidades para
contribuir en sus vidas familiares,
laborales y comunitarias. Estas
trayectorias juveniles, como un
espiral, nos revelan los caminos
que integran diversas dimensio-
nes de sus vidas. Nuestro sistema
educativo y la sociedad chilena
pueden dejarse enseñar por
estas experiencias, permitiendo
que cada vuelta del espiral nos
ofrezca nuevas perspectivas que
enriquezcan nuestro crecimiento
colectivo.

Agradecemos a las y los jóvenes
que compartieron sus vidas con
nosotros, y también al equipo de
investigación que con profunda
sensibilidad llevó a cabo este

proceso, que nos permite conocer más de cerca de los mundos juveniles y aportar a la construcción de una política educativa que les considere como actores/as protagónicos/as.

Juventudes en espiral es una invitación a las realidades que empapan a las juventudes del Chile actual. A través de experiencias reales de estudiantes de la educación TP, con tintes de ficción, aborda temáticas como la migración, los inicios en el mundo del trabajo, los cambios a los que jóvenes se enfrentan, entre otros.

ISBN: 978-956-19-1322-6

9 789561 913226